SAN JERÓNIMO EN SUS EPÍSTOLAS. LAS DUDAS METAFÓRICAS DEL TRADUCTOR

CHRISTIAN BALLIU[1]

ISTI, Bruselas

0. INTRODUCCIÓN

De todos es conocido que la labor del traductor se remonta a la Antigüedad, por no decir al Génesis. Esta labor, unas veces celebrada y otras fustigada, siempre ha venido acompañada por las legítimas dudas, lamentaciones o remordimientos que son el fruto amargo, pero también tan placentero, de este esfuerzo particular. Ningún traductor consciente de su tarea puede escapar a estos sentimientos que, aunque le amargan la vida, son imprescindibles para llevar hasta un venturoso desenlace la gran misión de su vida. De forma que las cavilaciones, que tan a menudo son el *via crucis* del traductor, le ayudan a convertir en realidad su ensueño más anhelado.

Mucho se ha comentado ya la soledad indigna del traductor, que actúa en los silencios de la alcoba y cuya única preocupación es la lucha con un texto ajeno que procura arrebatar con sudor al otro idioma. Acechado por los demonios de la sospecha, no es raro que se aísle en un ensimismamiento del que sólo saldrá de resultar buenas las críticas.

Así que me parece de suma importancia ahondar en la vida del traductor y su entorno histórico, con el fin de entender los motivos profundos de sus opciones léxicas, estilísticas y, al fin y al cabo, textuales. Cuando el traductor escogido es San Jerónimo, nos cuesta más aún desvelar lo que tanto le ha dañado: el temor a traicionar la verdad divina. Sin embargo, empapado hasta el alma en su responsabilidad como mensajero del Verbo de Dios, nos ha dejado páginas tan humildes como humorísticas en las que describe su pugna cotidiana con las mentiras.

San Jerónimo era verdaderamente, de todos los grandes traductores de la historia, uno de los que más dudaban de su obra. Hasta diría yo que la concebía a modo de exorcismo, para deshacerse de los misterios del alma que a menudo son de tan difícil resolución. Preso de sus temores y al mismo tiempo tan deseoso de comunicar su experiencia y solicitar consejos, decidió, llegado a los umbrales de la muerte, escribir un gran número de cartas —las *Epistolas*— para barajar argumentos a favor de la empresa de toda una vida. Nos ha dejado unas ciento veinte cartas, dirigidas sobre todo a familiares o allegados en quienes seguía confiando tras muchas moles-

[1] La asistencia del Prof. Christian Balliu a estos *Encuentros Complutenses* fue posible gracias a la colaboración de la Communauté Française de Belgique (Commisariat Général aux Relations Internationales). Agradecemos especialmente esta colabración al Sr. D. Roger Dahaybe, Commissaire général, así como a los Sres. E. Lagasse (Director) y Ph. Degouis.

tias con el clero de aquellos tiempos y que forman un elenco insustituible de experiencias en el campo de la traducción de la Biblia. En esas tres mil páginas como mínimo, se quita el sayal de los monjes del desierto y se viste de erudito muy duro con sus críticos, entre los que hallamos a San Agustín. Además, salpicó los prefacios de sus traducciones, sobre todo de los libros sagrados, con reflexiones muy interesantes sobre su concepción del oficio de traductor. Allí se trataba más de explicar que de justificar sus opciones traductivas. En las epístolas hizo obra más humanista, al justificar detalladamente sus opciones, tanto en el campo exegético y filológico como meramente humano.

1. UN TRADUCTOR COMPROMETIDO DESDE LA CUNA

A despecho de una voluntad científica que jamás se ha desmentido a lo largo de su vida, a San Jerónimo le han influenciado muchísimo sus orígenes cristianos y la educación impartida por su entorno familiar. Y no oculta esta peculiaridad, sino que la reivindica, a pesar de ser muy escueto sobre su infancia. Una de las escasas alusiones al universo de la infancia la encontramos en el siguente extracto:[2]

...et ab ispsis, ut ita dicam, incunabulis catholico sumus lacte nutriti...

Aquí vemos ya, además de esta confesión, una de las imágenes muy físicas que tanto le gustan. La *Epistola LXXXII* fue dirigida a Teófilo, obispo de Alejandría, como respuesta al informe del obispo Juan de Jerusalén en contra de los monjes de Belén. A raíz de este informe Jerónimo tuvo que exilarse y se cerraron sus conventos. La respuesta de Jerónimo se fundamenta en razones religiosas y no en argumentos filológicos.

Eusebius Hieronymus nació alrededor del año 347 (entre 340 y 350 según Grützmacher)[3] en los confines de Dalmacia. Más precisamente en Estridón como escribe en *De Viris illustribus*, 135. Según Bulic[4] Estridón corresponde a la ciudad actual de Grahovo, a unos treinta kilómetros al noroeste de las Bocas de Kotor. En el siglo IV el cristianismo triunfa en la totalidad del imperio romano y las provincias del Occidente presencian el retroceso generalizado del paganismo, debido especialmente a las conversiones de los emperadores, desde Constantino y sus hijos hasta Teodoso. El afán totalitario del Estado se expresa ahora a favor de la cristiandad. De Jerónimo sabemos de manera indirecta que era de familia bastante rica, porque tuvo que vender algunos bienes (*villulae*) para poder construir conventos.[5] Lo más interesante a mi parecer es detectar en su obra los rebrotes inconscientes de su infancia en algunas imágenes que, sin lugar a dudas, no le provienen de la vida ascética en el desierto de la Cálcida o en Jerusalén. Así, por ejemplo, en la preciosa metáfora que viene a continuación:

---

[2] *Epistola LXXXII*, 2.

[3] G. Grützmacher: *Hieronymus*, 3 vols., Londres-Berlín, 1901-1908, t. 1, 45.

[4] F. Bulic: *Wo lag Stridon*, en *Festschrift für Otto Benndorf*, 276-280.

[5] *Epistola LXVI*, 14.

Obliquus enim etiam apud Hebraeos totus liber fertur et lubricus et quod graece rethores vocant εσχηματισμενος, *dumque aliud loquitur aliud agit, ut si velis anguillam aut murenulam strictis tenere manibus, quanto fortius presseris, tanto citius elabitur.*[6]

También la metáfora de la osa la podemos remitir a ciencia cierta al mundo de la adolescencia. En el Comentario sobre la *Epistola ad Galatas* de San Pablo nos comunica los primeros achaques de la vejez que le impiden trabajar como tanto quisiera:

Accedit ad hoc quia propter oculorum et totius corpusculi infirmitatem, manu mea ipse non scribo: nec labore et diligentia compensare queo eloquii tarditatem: quod de Virgilio quoque tradunt, quia libros suos in modum ursorum fetum lambendo figuraverit...[7]

En las dos últimas referencias advertimos con claridad el afán de valerse de metáforas que se refieren al mundo de los animales y que dan fe de un estilo más bien exento de abstracciones.

El compromiso de San Jerónimo en la fe católica se refleja también en sus luchas dogmáticas contra quienes critican su obra, incluso si forman parte de los círculos cristianos más vinculados con la jerarquía de la época. También recurre a metáforas muy realistas y crudas. Por ejemplo, sobre el orgullo desmesurado de ciertos monjes más propensos a fustigar que a crear, a quienes critica valiéndose de tres metáforas seguidas, la ceniza, la diadema y las fieras:

Pudet dicere: de cavernis cellularum damnamus orbem, si in sacco et cinere volutati de episcopis sententiam ferimus. Quid facit sub tunica paenitentis regius animus? Catena, sordes et comae non sunt diadematis signa, sed fletus.

...carissimos fratres. Ecce discedere cupiunt, immo discedunt melius esse dicentes inter feras habitare quam cum talibus Christianis; et ego ipse, nisi me et corporis inbecillitas et hiemis retineret asperitas, modo fugerem.[8]

Sin entrar todavía en la querella que le opuso a San Agustín y de la que hablaremos más adelante, contemplemos las críticas agudísimas dirigidas a los judíos que en la *Ep. CXII* aparecen:

Si cui legere non placet, nemo conpellit invitum. Bibat vinum vetus cum suavitate, et nostra musta contemnat, quae in explanatione priorum edita sunt...[9]

Sin autem Iudaei vestri, ut ipse adseris, malitia vel inperitia, hoc dixerunt esse in voluminibus Hebraeorum, quod in Graecis et Latinis codicibus continetur, manifestum est eos aut Hebraeas litteras ignorare, aut ad inridendos cucurbitarios voluisse mentiri...[10]

También en la *Ep. XXVII ad Marcellam* tacha a algunos críticos de *homunculi*. Tales críticas, y son muchas, proceden menos del orgullo personal que de la certi-

---

[6] *Prologus Sancti Hieronymi in libro Iob,* 17-20.

[7] *Patrología Latina*, MIGNE, 1884, tomo XXVI, libro III, 483-484.

[8] *Epistola ad Marcum*, XVII, 2-3.

[9] *Epistola ad Augustinum*, CXII, 20.

[10] Ib., 22.

dumbre de haber hecho toda la labor científica posible para dar traducciones fidedignas. Es lo que vamos a estudiar ahora.

2. UNA CONCEPCIÓN CIENTÍFICA Y MODERNA DEL OFICIO DE TRADUCTOR

2.1. El estudio del hebreo

No se sabe exactamente cuándo se puso Jerónimo a estudiar hebreo. De todas formas ya tenía un buen conocimiento del idioma al llegar a Roma en el año 382, a petición del Papa Dámaso.[11] No tenemos muchas informaciones al respecto, excepto las que nos dejó el propio Jerónimo en su correspondencia. Aprendió hebreo en el desierto de la Cálcida, a unas cincuenta millas de Antioquía, adonde se había refugiado entre los años 375 y 378, hastiado del mundo y deseoso de vivir en asperísima penitencia. Parece que la muerte de uno de sus compañeros preferidos (*ex duobus oculis unum...*)[12] desempeñó un papel importante en esta decisión. Allí se lanzó a estudiar con bastantes dificultades el alfabeto hebreo y un idioma que nace del trasfondo de las gargantas. Nos cuenta, llegado al final de su vida, que le costó muchísimo emprender esta tarea que abandonó algunas veces, rendido por los esfuerzos. Sólo el encanto divino de los textos sagrados le dio las fuerzas para reanudar con el trabajo:

> *Dum essem iuvenis, et solitudinis me deserta vallarent... cuidam fratri, qui ex Hebraeis crediderat, me in disciplinam dedi, ut post Quintiliani acumina, Ciceronisque fluvios, gravitatemque Frontonis, et lenitatem Plinii, alphabetum discerem, stridentia anhelantiaque verba meditarer. Quid ibi laboris insumpserim, quid sustinuerim difficultatis, quotiens desperaverim, quotiensque cessaverim, et contentione discendi rursus inceperim, estis est conscientia, tam mea qui passus sum, quam eorum qui mecum duxere vitam. Et gratias ago Domino, quod de amaro semine litterarum, dulces fructus capio.*[13]

Tal descripción nos hace recordar ineludiblemente a Julian Green, otro gran especialista en la Biblia. He aquí sus propias impresiones sobre el estudio del hebreo y de la Biblia:

> *I suggested that he read me the very first verse in Genesis. It seemed to come from the very beginning of creation; now soft, now* raucous, *the strange syllabes carried one back and back through the centuries to the days when man first addressed himself to the Almighty, using, I fancied then, these very sounds to express his thought...*
>
> *And when the wind arose, as it often does in the Old Testament, it was not simply «an horrible tempest»; it was something sinister that screeched and howled through the* guttural *hebrew consonants. When David raged against his ennemies he did not do so in the*

[11] G. Grützmacher, o. cit., t. 1, p. 99.

[12] *Epistola III*, 3.

[13] *Epistola ad Rusticum Monachum*, CXXV, 12.

exalted style of an English divine of the 17th century; he was more like a wild-eyed desert chief, with rasping *sounds coming from his* throat, *and frantic gesticulation.*[14]

En una Epístola que estudia algunos trozos de Isaías (377, aprox.) alude también al estudio del idioma hebreo:

Est vero quidam a quo ego perplurima didivisse me gaudeo, et qui hebraeum sermonem ita elimarit ut inter scribas eorum Chaldaeus aestimetur.[15]

Labriolle[16] y Grützmacher[17] confirman que al llegar a Roma en el año 382 Jerónimo ya conocía perfectamente el hebreo.

2.2. El método de trabajo

Por lo que a Jerónimo se refiere olvidemos la imagen tradicional del traductor solitario que se pasa los días sentado en su escritorio sin apartar los ojos de la hoja de trabajo. Ya sabemos que vivía rodeado de mujeres —incluso en el desierto de la Cálcida—, lo cual desencadenó la ira de sus detractores. En realidad, dictaba sus traducciones *velocissime,*[18] (hasta sus cartas más personales) tanto por querer avanzar rapidísimamente en la labor, como por estar afectado por los primeros achaques de la vejez. Se sabe que dictó el *Comentario sobre Abdías* en dos noches y el *Comentario a San Mateo* en dos semanas. En cuanto a la *Epístola de San Pablo a los Ephesios*, solía componer unas 1.000 líneas por día. He aquí dos ejemplos emocionantes:

...verum accito notario, aut statim dicto quodcumque in buccam venerit: aut si paululum volvero cogitare, melius aliquid prolaturus, tunc me tacitus ille reprehendit, manum contrahit, frontem rugat, et se frustra adesse, toto gestu corporis contestatur...[19]

Según escribe en el Prefacio de su *Comentario a San Mateo*, dictó esta obra en catorce días:

At tu in duabus hebdomadibus, inminente iam pascha et spirantibus ventis, dictare me cogis, ut quando notarii excipiant, quando scribantur scedulae, quando emendentur, quo spatio digerantur ad purum, maxime cum scias me ita tribus mensibus languisse ut vix nunc ingredi incipiam nec possim laboris magnitudinem brevitate temporis compensare.[20]

Semejante apresuramiento, fruto de circunstancias exteriores, influenció tanto la forma como el fondo de sus obras. Pero al menos tenía una ventaja: es que sus ayudantes le echaban una mano en sus investigaciones literarias y exegéticas. Un

---

[14] J. Green: *Translation and* the fields of Scripture, 1941.

[15] *Epistola ad Damasum*, XVIII, A, 10.

[16] P. de Labriolle: *Histoire de la littérature latine chrétienne*, París, Les Belles Lettres, 1920, 464.

[17] G. Grützmacher, o. cit., I, 9.

[18] *Epistola ad Pammachium*, LVII, 2.

[19] *Com. in Galatas*, libro III, Prefacio.

[20] *Com. ad Matheum*, Prefacio, 98-104.

claro ejemplo de ello es Marcella, con la que se encontró en Roma y que le sirvió hasta el año 385. Lo reconoce en una carta posterior a 393:

> *Magis nos provocas quaestionibus, et torpens otio ingenium, dum interrogas, doces.*[21]

En el año 400 escribe *ad Oceanum*, para rendir homenaje a Fabiola, quien le siguió hasta Belén para seguir ayudándole hasta que la muerte la sorprendiera en 398.[22] Los siguientes extractos son muy reveladores del espíritu de investigación que dominaba en el equipo exegético de Jerónimo:

> *Iesu bone, quo illa fervore, quo studio intenta erat divinis voluminibus! et veluti quandam famem satiare desiderans, per prophetas, evangelia, psalmosque currebat, quaestiones proponens, et solutas recondens in scriniolo pectoris sui! Nec vero satiabatur audiendi cupidine, sed addens scientiam, addebat dolorem; et quasi oleum flammae adiceres, maioris ardoris fomenta capiebat...*
>
> *... in quibusdam [quaestionibus] haesitavi, in aliis inoffenso cucurri pede, in plerisque simpliciter ignorantiam confessus sum. Tunc vero magis coepit urguere, et quasi non mihi liceret nescire quod nescio, expostulare, ac se indignam tantis mysteriis dicere. Quid plura!*

Los ejemplos citados comportan imágenes corporales en las que indudablemente traslucen las ingentes dificultades con las que tuvo que enfrentarse. La cara del traductor se viste de la máscara del dolor, tan humildemente representado por el sudor que se perfila en la frente, los sufrimientos del hambre o el calor del fuego.

Quizá por ello nunca quiso acceder al papado, consciente de las críticas que no ahorraban a su persona. Lo que se atrevía a publicar, nunca lo diría en voz alta, enmudecido por la timidez de su persona. El trozo siguiente lo demuestra con mucha hermosura:

> *Peto in fine epistolae, ut quiescentem senem olimque veteranum militare non cogas, et rursum de vita periclitari. Tu qui iuvenis es, et in pontificali culmine constitutus, doceto populos, et novis Africae frugibus Romana tecta locupleta. Mihi sufficet cum auditore vel lectore pauperculo in angulo monasterii susurrare.*[23]

Este método, sin lugar a dudas, parece a primera vista anti-científico, por no decir más. Sin embargo, antes de dictar, se entregaba a una labor de fondo, digna de los mayores filólogos.

2.3. En busca de la *hebraica veritas*

San Jerónimo procuró fundamentarse en la *hebraica veritas* para traducir el Antiguo Testamento al latín. Este trabajo lo llevó a cabo entre los años 390 y 404. Sin estudiar detalladamente este problema, por falta de tiempo, voy a dar algunos hitos que son muy importantes a mi juicio para ahondar la personalidad

---

[21] *Epistola ad Marcellam*, LIX, 1.

[22] *Epistola ad Oceanum, de morte Fabiolae*, LXXVII, 7.

[23] *Epistola ad Augustinum*, CXII, 22.

que aflora en sus cartas. Este ideal de *hebraica veritas* no apuntaba a desacreditar la antigua Vulgata.[24] Procuraba más bien ayudar a los cristianos a que defendiesen frente a los judíos los títulos mesiánicos del Cristo. De tal manera que la version de los Setenta, todopoderosa en aquellos tiempos por razones políticas y culturales,[25] sólo fue una de las traducciones del texto hebreo de las que se sirvió. Los tiempos propiciaban este tipo de trabajo ya que el idioma griego, que tanto había florecido en el imperio romano antes de finales del primer siglo de nuestra era, venía debilitándose desde la segunda mitad del siglo III.[26] En la biblioteca de Cesarea, compulsó las *Exaplas* de Orígenes, que presentan de modo sinóptico el texto hebreo del Antiguo Testamento en letra hebrea y en letra griega, además de las traducciones en griego de Aquila, Símaco, los Setenta y Teodoción. Se inspiró primero en las versiones griegas[27] y luego en el texto hebreo, de manera que su obra no es sólo la de un traductor sino también de un revisor. Por lo cual viene utilizando un aparato crítico, sirviéndose de óbelos para indicar adiciones al original y asteriscos para recalcar las omisiones. Se trata en realidad de la traducción de varios textos e idiomas a la vez. Tan inmensa empresa exegética y hermenéutica abarca miles y miles de frases desaparecidas o añadidas, también muchos cambios de disposición con respecto a *Septuaginta, ut scirent nostri quid Hebraea veritas contineret.*[28] Los insultos no tardaron en manifestarse contra el pobre Jerónimo y lejos de desanimarle, las críticas le fortalecieron en su voluntad de encontrar la verdad divina en el texto sagrado original. Veamos a continuación unos ejemplos de la reacción de Jerónimo contra sus censores, en una epístola de 384:

> *...ad me repente perlatum est quosdam homunculos mihi studiose detrahere cur adversus auctoritatem veterum et totius mundi opinionem aliqua in evangeliis emendare temptaverim. Quos ego cum possim meo iure contemnere - asino quippe lyra superflue canit...*
>
> *Quibus si displicet fontis unda purissimi, caenosos rivulos bibant, et diligentiam qua avium salivas et concarum gurgites norunt, in scripturis legendis abiciant...*[29]

La metáfora del burro y de la lira, que en el párrafo siguiente toma la forma de una oposición entre el agua pura y los ríos cenagosos, se va a repetir más lejos y con el mismo éxito estilístico:

> *Multiplicati sunt super capillos capitis mei qui oderunt me gratis et factus sum eis in parabolam... Amphora coepit institui: currente rota cur urceus exit? — revertamus ad nostros bipedes asellos, et in eorum aurem bucina magis quam cithara concrepamus.*[30]

---

[24] *Epistola ad Sunniam et Fretelam*, CVI, 2.

[25] Labriolle (o. cit., 66) explica que la Iglesia primitiva respetaba tanto el griego de los LXX como el de los Evangelios.

[26] Véase, por ejemplo, Cicerón: *Pro Archia*, X, 23: *Graeca leguntur in omnibus fere gentibus; latina suis finibus, exiguis sane, continentur.*

[27] San Jerónimo conocía el griego mejor que San Agustín y la mayoría de su contemporáneos latinos: véase Henri-Irénée Marrou: *L'Eglise de l'Antiquité tardive, 303-604*, Paris, du Seuil, 94.

[28] *Epistola ad Augustinum*, CXII, 20.

[29] *Epistola ad Marcellam*, XXVII, 1.

[30] Ib., 2-3.

La última ejemplificación al respecto será la metáfora melancólica, que prepara al traductor con vistas al combate y que aparece en su carta a Pammaquio, titulada *De Optimo genere interpretandi*:

> *Volo... remordere laedentes, digerere stomachum, in locis me exercere communibus et quasi limitas ad pugnandum sagittas reponere...*[31]

> *Excessi mensuram epistolae, sed non excessi doloris modum. Nam qui falsarius vocor et inter muliercularum radios et textrina dilanior, contentus sum crimen abluere, non referre.*[32]

Las discrepancias de San Jerónimo con muchos eruditos de la Iglesia, entre ellos Agustín y Rufino, darán nacimiento a una doble personalidad: la de un traductor que concibe sus traducciones como una empresa científica y filológica, sin dejar de comprometerse en la defensa encarnizada de la fe cristiana y de su difusión por el mundo entero.

2.4. Profesionalismo científico y dedicación cristiana

La postura general adoptada por San Jerónimo en sus obras la podemos ilustrar acertadamente dando como ejemplo no la muy famosa *Epístola a Pammaquio*, que es una especie de tratado sobre la traducción y que menos nos interesa aquí, sino la maravillosa epístola en la que no duda en citar las mejores fuentes latinas en las que se inspiró para forjar su estilo de traductor. Se trata a la vez de escritores destacados y de cristianos convencidos como Tertuliano, Hilario, Arnobio o Lactancio. Ya es una prueba de calidad y de ánimo cuando uno conoce las sentencias firmes de San Agustín:

> *Qui scripturas ex Hebraea lingua in Graecam verterunt numerari possunt, Latini autem interpretes nullo modo. Ut enim cuique primis fidei temporibus in manus venit codex Graecus et aliquantulum facultatis sibi utriusque linguae habere videbatur, ausus est interpretari.*[33]

Inspirándose en textos de sus predecesores vino a constituir su primera documentación. Afirma este derecho a la documentación personal y la necesidad de tomar notas que registren los hallazgos y las dificultades encontradas a la hora de traducir:

> *Volo in chartulis meis quaslibet ineptias scribere, commentari de scripturis... in locis me exercere communibus...*[34]

Sin embargo, en otra parte confiesa haber abandonado rápidamente el estudio de la literatura latina (sobre todo profana), de tanto haberse dedicado a la búsqueda de la *Hebraica veritas*. Es la imagen del sueño remoto que a veces rebrota en la mente

---

[31] *Epistola ad Pammachium*, LVII, 4.

[32] Ib., 13.

[33] San Agustín: *De Doctrina Christiana*, II, XI.

[34] *Epistola ad Pammachium*, LVII, 4.

de su dueño. En esta reminiscencia vuelve a contraponer la estridencia del hebreo y la elegancia del idioma latino:

> *Loquar? Sed omnem sermonis elegantiam, et Latini eloquii venustatem,* stridor lectionis Hebraicae *sordidavit. Nosti enim et ipsae, quod plus quam quindecim anni sunt, ex quo in manus meas numquam Tullius* [Cicerón], *nunquam Maro* [Virgilio], *nunquam Gentilium litterarum quilibet Auctor ascendit: et si quid forte inde dum loquimur, obrepit, quasi antiqui per nebulam somni recordamur.*[35]

La necesidad de sacar apuntes va acompañada por el rechazo de cualquier forma de censura, como lo escribe al propio Papa Dámaso, sacando el ejemplo de un versículo del Deuteronomio:

> *Huius sapientiae typus et in Deuteronomio sub mulieris captivae figura describitur, de qua divina vox praecipit ut, si Israhelites eam habere volverit uxorem, calvitium ei faciat, ungues praesecet, pilos auferat... Haec si secundum litteram intellegimus, nonne ridicula sunt? Itaque et nos hoc facere solemus, quando philosophos legimus, quando in manus nostras libri veniunt sapientiae saecularis: si quid in eis utile repperimus, ad nostrum dogma convertimus, si quid vero superfluum... haec radimus, his calvitium indicimus, haec in unguium morem ferro acutissimo desecamus.*[36]

3. LA PROBLEMÁTICA DE LA FIDELIDAD

La opinión general sobre las opciones traductivas de Jerónimo es que en su obra prevalecen las traducciones *ad sensum*, salvo cuando se trata de los textos sagrados[37] donde, según él, el mismísimo orden de las palabras recela un misterio y no se puede separar de la totalidad del sentido:

> *Ego enim non solum fateor, sed libera voce profiteor me in interpretatione Graecorum absque scripturis sanctis, ubi et verborum ordo mysterium est, non verbum e verbo sed sensum exprimere de sensu.*[38]

No obstante, esto me parece ser una lectura aproximativa e incompleta de los textos en los que se expresa sobre el tema. Una consulta más profunda de los textos demuestra que San Jerónimo se contradice a sí mismo en algunas partes. A veces traduce según el sentido cuando de la Biblia se trata e incluso elige en ciertas ocasiones traducir simultáneamente *ad sensum* y *ad litteram*. En realidad el orden de las palabras, muy revelador de la voluntad divina en el texto hebreo, a menudo se resiste a ser el mismo en lengua latina, debido al propio genio del idioma. Jerónimo no quiere en modo alguno chocar con las características idóneas de la lengua

---

[35] J.-P. Migne: *Patrologiae Latinae*, tomo XXVI, 1884, *Com. in Galatas*, libro III, Prefacio, pp. 484-485.

[36] *Epistola ad Damasum*, XXI, 13. La alusión se refiere a *Deut.*, XXI, 10-13.

[37] Véanse, a modo de ejemplo, M. Ballard: *De Cicéron à Benjamin*, Lille, Presses Univ., 1992, 46, y A. Berman: «La traduction et la lettre - ou l'auberge du lointain», en *Les tours de Babel, essais sur la traduction*, Mauvezin, Trans-Europ-Repress, 1985, 51.

[38] *Epistola ad Pammachium de Optimo genere interpretandi*, LVII, 4.

término. Así que en la misma carta a Pammaquio, apela a los santos apóstoles para justificar los rechazos de la letra en sus propias traducciones:

> *...perspicuum est apostolos et evangelistas in interpretatione veterum scripturarum sensum quaesisse, non verba, nec magnopere de ordinatione sermonibusque curasse cum intellectui res paterent.*[39]

Sirviéndose del prólogo de Evagro a la *Vida de San Antonio*, imagina los hierbajos que van ahogando los sembrados:

> *ex alia in aliam linguam ad verbum expressa translatio sensum operit, et veluti laeto gramine sata strangulat... Alii syllabas aucupentur et litteras, tu quaere sententias.*[40]

Tratándose de los textos sagrados, las dudas y contradicciones son más frecuentes. Sin adentrarme en un estudio pormenorizado de las distintas posturas adoptadas por San Jerónimo, me limitaré a citar algunos ejemplos que nos enseñen que el problema no es nada fácil de resolver. He aquí su pensamiento sobre el modo de traducir el *Libro de los Reyes*:

> *Lege ergo primum Samuhel et Malachim meum; meum, inquam, meum: quicquid enim crebrius vertendo et emedando sollicitius et didicimus et tenemus,* nostrum *est. Et cum intellexeris quod antea nesciebas, vel interpretem me aestimato, si gratus es, vel* παραφραστην, *si ingratus, quamquam mihi omnino conscius non sim mutasse me quippiam de hebraica veritate.*[41]

En el prólogo a la traducción del *Libro de Judit*, la contradicción es más obvia aún:

> *...adquievi postulationi vestrae, immo exactioni, et sepositis occupationibus quibus vehementer artabar, huic unam lucubratiunculam dedi, magis sensum e sensu quam ex verbo verbum transferens.*[42]

Otro ejemplo muy relevante también nos proporciona el prefacio de San Jerónimo a su traducción del *Libro de Job*. En éste confiesa el autor haber traducido a veces *ad sensum* y otras *ad litteram* y reconoce la primacía de los textos originales sobre traducciones ulteriores:

> *Haec autem translatio nullum de veteribus sequitur interpretem, sed ex ipso hebraico arabicoque sermone et interdum syro, nunc verba, nunc sensus, nunc simul utrumque resonabit.*[43]

De lo que precede podemos concluir que el *locus classicus*[44] de los historiadores de la traducción en cuanto a Jerónimo se refiere, viene contrarrestado por otras

---

[39] Ib., 9.
[40] Ib., 6.
[41] *Prologus Sancti Hieronymi in Libro Regum*, 65-69.
[42] *Prologus Iudith*, 5-7.
[43] *Prologus in Libro Iob*, 15-17.
[44] *Epistola ad Pammachium*, LVII.

reflexiones del mismo Jerónimo. El aspecto más interesante de este análisis radica en el que las opciones *ad sensum* se explican precisamente en algunos prefacios de los textos sagrados. No pretendo aquí, en el curso de una ponencia muy limitada en el tiempo, profundizar tales aspectos, pero creía conveniente llamar la atención de los interesados en el tema sobre la complejidad del asunto.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Como dije al principio, nos han llegado de San Jerónimo unas ciento veinte cartas que se extienden en el curso de medio siglo y que constituyen un retrato fidelísimo de sus ásperas condiciones de vida eclesiástica. Lejos de constituir un valioso instrumento de estudio exegético, traducen más bien la vida cotidiana del santo, con sus alegrías y penas, sus certidumbres y dudas. Esbozan el difícil entorno en el que brotó su magnífica obra. No es de extrañar, pues, que en ellas aparezcan el estilo fascinador de su autor y las imágenes que mejor encarnan la fuerza (a veces la violencia) de sus sentimientos, sobre todo cuando era menester defender sus posturas.

En sus epístolas, a diferencia de sus obras de traductor, en las que revela un talento de escritor, filólogo y exegeta, da rienda suelta a sus motivaciones, a la versatilidad de su carácter y a un estilo desprendido de la fidelidad al pensamiento de otra persona. El sentido innato de las metáforas que en sus cartas trasluce le debía ser de gran ayuda a la hora de traducir los textos bíblicos. Demuestra además que, aun exiliado en el desierto de la Cálcida o en un convento de Belén, Jerónimo no había perdido el contacto con su entorno histórico, sin hablar de la añoranza del pasado.

Espero haber despejado con motivo del presente artículo algunas de las nubes que siguen envolviendo la personalidad de uno de los más geniales padres de la Iglesia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARNS, E.: *La technique du livre selon saint Jérôme*, París, de Boccard, 1953.
BALLARD, M.: *De Cicéron à Benjamin*, Lille, Presses Univ., 1992.
BAREILLE, P.: *Œuvres complètes de saint Jérôme*, París, Livès, 1878-1885.
CAVALLERA, F.: *Saint Jérôme, sa vie et son œuvre*, París, Champion, 1922.
GOELZER, H.: *Étude lexicographique et grammaticale de la latinité de saint Jérôme*, París, 1884.
GRÜTZMACHER, G.: *Hieronymus*, 3 vol., Londres y Berlín, 1901-1908.
LABOURT, J.: *Saint Jérôme, Lettres*, París, Budé, 1949-1963.
LABRIOLLE, P. de: *Histoire de la littérature latine chrétienne*, París, Les Belles Lettres (Collection d'études anciennes), 1920.
LARBAUD, V.: *Sous l'invocation de saint Jérôme*, París, Gallimard, 1946.
MARROU, H.-I.: *L'Eglise de l'Antiquité tardive (303-604)*, París, du Seuil, 1985.
MATOUGUES, B.: *Œuvre de saint Jérôme*, París, Delagrave, s.d.
MIGNE, J.-P.: *Patrologia Latina*, v. XXII-XXX, París, 1844-1864.

Centro Virtual Cervantes